



Informe del Proceso de Escucha Sinodal

Diócesis de San Marcos de Arica.

1. El camino recorrido

Como diócesis los principales pasos que hemos dado fueron: constituir equipo, realizar una hoja de ruta, definir trabajos de pastoral de escucha en las comunidades, generar estrategias complementarias a lo propuesto y, a partir de ese momento, estar abiertos a lo que el Espíritu nos fuera suscitando.

Las principales preguntas que nos realizaron inicialmente como Comisión fueron: ¿Cómo se va a llevar a las comunidades? ¿Este va a ser otro proceso que va a quedar en nada? ¿Surgirán cambios concretos de estos procesos? Como nos fue evidente en su momento, se percibía en parte del pueblo fiel una gran preocupación en razón de que los procesos que se han realizado anteriormente no han tenido una respuesta de vuelta, una retroalimentación, o al menos, no ha llegado una respuesta concreta que se materialice en una forma de ser Iglesia: “seguimos caminando como de costumbre” nos decían.

Sin embargo, por otro lado, hay otra parte del pueblo fiel que han agradecido mucho las conclusiones de los últimos procesos de escucha realizados, y eso los ha animado aún más en su servicio pastoral.

Hemos tratado de considerar, muchas variantes, para incluir e involucrar la mayor cantidad de personas en el proceso sinodal. Primero, quisimos convocar a los sacerdotes para que nos ayudaran con el proceso, pero de la gran mayoría no obtuvimos respuesta, posteriormente intentamos ligar la parroquia por medio de algún agente pastoral y eso nos dio muchos más resultados. Gracias a eso, en algunas comunidades pudimos realizar el proceso de escucha del 2019, la consulta de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, el buzón sinodal y posteriormente implementar un instrumento de escucha realizado por la CECH denominado: “Démosle otra vuelta”.

Estos procesos en las comunidades que se han realizado han sido muy bien recibidos, sin embargo, nuestra diócesis tiene muchos pueblos en el altiplano, a los cuales se nos dificultó mucho llegar para realizar la consulta. Atendiendo también a aquellos que no teníamos acceso mediante las parroquias, se confeccionó una encuesta para ser respondida de forma on line y así posibilitar de que pudiese participar la mayor cantidad de personas posible.

Aproximadamente, de las personas que habitualmente asisten a las actividades de nuestras comunidades parroquiales, participaron en el proceso sinodal cerca de un 50% a 60%, aunque puede que sea un poco más.

Acerca si hubo algún grupo que destacó por sobre otro, nos parece que en general los agentes pastorales participaron muy activamente en cada comunidad, con ánimo de escucha, disposición, seriedad y entrega, por ello, no podríamos catalogar la participación de uno sobre otro. Cada aporte fue muy valioso, ya que fue su experiencia y vivencia de Dios la que compartieron.



Con todo, hubo dos comunidades parroquiales que no participaron, porque sus párrocos no quisieron a ser parte a la comunidad de las actividades de este proceso de escucha sinodal.

Como Equipo Diocesano, quedamos con una sensación de consuelo, de que hicimos todo lo que se pudo pese a las falencias propias y del contexto, es decir, en ese sentido quedamos tranquilos y en paz, sin embargo, sentimos que hubiese sido muy bueno el poder llegar a los pueblos del altiplano de forma presencial.

2. Experiencia sinodal: lo que hemos visto y oído

A modo general, en cuanto al concepto “sinodalidad”, notamos que en nuestra diócesis aún falta claridad sobre éste, así como también sobre los alcances del actual proceso. Esto lo decimos porque Arica es una iglesia joven, que también en términos generales, históricamente ha tenido características sinodales. De hecho, el año 2004, en nuestra diócesis se dio inicio a un proceso similar al que actualmente llevamos a cabo (Primer Sínodo Diocesano de Arica).

A raíz de esto, una pregunta que no se ha verbalizado, pero que observamos rondando en nuestras comunidades que también es válida para contextualizarnos: “¿qué tiene de nuevo este proceso respecto de nosotros, qué cosa distinta nos aportará?, porque, aunque no siempre, de una u otra manera la sinodalidad la hemos vivido en nuestra diócesis”.

2.1. Consuelos y desolaciones presentes en el proceso

Dos de las mociones (aquello que experimentamos en nuestro corazón y moviliza nuestras conductas hacia Dios) que más se evidencian en las comunidades a propósito de las acciones que hemos llevado a cabo para vivir el presente proceso de discernimiento, son de alegría y esperanza, especialmente por el poder opinar sobre nuestra realidad y poder proyectarnos en el futuro, en muy menor medida, junto a ella observamos también cierta escepticismo.

La primera tiene algo de su origen en las circunstancias en que fue realizado el proceso sinodal: comunidades que poco se habían visto por la pandemia y cuarentena, se juntan o comienzan a reencontrarse en torno a preguntas que apuntan al futuro. La alegría y consuelo fueron evidentes. Reencontrarse después de tanto tiempo, sin el contacto presencial fue un regalo para todos, cuyos frutos son ciertamente alegría y paz auténtica y profunda. Las propias reuniones, encuestas y retiros dan cuenta de ello: el sólo hecho de estar juntos nuevamente después de tanto tiempo y con mayor sensación de seguridad fue motivo de una alegría y entusiasmo que habla de esperanza para el futuro y de exigencias de un mayor compromiso eclesial.

También se notó, especialmente en ambientes con más sentido crítico, que había dudas sobre los resultados y las concreciones posibles del proceso sinodal, así como también, un cierto desplazamiento del eje de los cuestionamientos. Esto se evidenció no pocas veces, particularmente cuando se confundió la sinodalidad con una evaluación directa de la jerarquía (obispo, sacerdotes, consagrados). Es



decir, más que opinar sobre el cómo estamos caminando juntos, algunas de las respuestas se enfocaban en cómo la jerarquía se vincula con quienes respondían y su opinión de que esperarían una mayor cercanía real en cada comunidad. De hecho, fue una de las críticas más evidentes el comienzo del proceso de escucha (año 2021): los “curas brillaron por su ausencia”. Esto, evidentemente, nos invitaría a hacernos conscientes de que todos estamos necesitados de renovación.

De un modo parecido, y quizás fruto de lo anterior, aparecieron también expresiones tales como: “ojalá que nuestra opinión sea tomada en cuenta” o la más escéptica “¿cambiará algo?”. Creemos que ambas son las más representativas de estos cuestionamientos.

2.2. Lo más significativo del proceso de escucha

Lo más significativo del proceso es que, hay una evidente esperanza para el futuro y una alta expectativa respecto del caminar de la Iglesia. Acogida y cercanía, participación y compromiso, inclusión y ser “Iglesia en salida” parecieran ser las claves actitudinales de ese futuro eclesial. Con distintas expresiones y desde distintas miradas, son estas actitudes las que más se repiten, tanto en los instrumentos ocupados como en las anotaciones que realizaron las comunidades conversando y compartiendo.

Acogida y cercanía. Es lo que se les pide al obispo y sacerdotes especialmente. De hecho, son las actitudes que más se repiten críticamente respecto de ellos. Cuando se pregunta sobre estas materias, la mayoría de quienes responden lo hacen personalizando en el sacerdote y el obispo, y en menor medida en quienes son visibles como miembros activos de las comunidades, pero también, es lo que se pide como condición de unidad para las comunidades.

Con todo, tal como se verbalizó muchas veces, específicamente a los consagrados se les exige más cercanía, no para la toma de decisiones o por motivos prácticos, sino porque se les valora y se les echa de menos. “Que los sacerdotes nos devuelvan la confianza”, porque “nos duele ver a sacerdotes flojos... que delegan funciones y se olvidan de acompañar o guiar”.

Participación y compromiso. Para las personas y comunidades, pareciera ser que la participación y compromiso están íntimamente ligadas. Si bien se echa de menos una mayor participación de personas en actividades propias de nuestra Iglesia, (que se explica generalmente por la pandemia y la baja concurrencia a misa y a reuniones anteriormente con buena asistencia), se espera también un mayor compromiso. Pareciera ser que, la participación se refiere a la concurrencia de más personas a las actividades parroquiales, mientras que la segunda a la actitud de quienes ya están o participan más recurrentemente.

También sobre la participación, muchas y diversas ideas se propusieron para aumentarla. En particular sobre la participación de los jóvenes, tema que fue consultado expresamente, pareciera que un camino sería el “abrirles las puertas”, “salir y acercarse a ellos” y “tener una actitud cariñosa, amable, cordial, empática



y comprensiva”, “darles espacio para que creen con libertad” en nuestras parroquias, porque “los jóvenes son acción”.

Inclusión y ser “Iglesia en salida”. En clara alusión a la expresión de nuestro papa Francisco, es ya un sentir más o menos común que, una Iglesia sin migrantes, sin diversidades sociales, culturales, familiares o minorías sexuales no es Iglesia. En este sentido, pareciera que la inclusión es algo ya presente entre nosotros como criterio evangélico a vivir.

Ser “Iglesia en salida” es menos explícita como expresión, pero también está. Las periferias no son consideradas en la mayoría de los consultados que participaron, quizás porque el acento del proceso fue más bien mirando hacia adentro de nuestras comunidades y no hacia el exterior, pero están presentes en el sentir común: se nos invita a salir, a ir al encuentro con otros, es la respuesta que podríamos darnos para ponernos de camino cuando nos preguntamos ¿dónde están los que no están?

En materias más específicas, significativo fue también el que no apareciera en un primer momento el tema de los abusos (de poder y sexuales) en nuestra Iglesia como el mayor de los males o lo más crítico, es decir, ciertamente no por desconocimiento, no se les menciona como causas del estado actual de la Iglesia, se reconoce su gravedad, pero ésta queda relegada a un segundo plano muy después de la acogida y la cercanía de unos con otros.

De un modo similar, también pareciera ser relevante el hecho que cuando se habla de clericalismo, se asocia con actitudes personales que no favorecen un vínculo más evangélico dentro de la Iglesia, pero no con las estructuras que lo sostienen. Es decir, especialmente para quienes contestaron la encuesta, pareciera ser más urgente mejorar la convivencia inmediata en las parroquias y diócesis, que el cambio de estructuras para tener más participación en la toma de decisiones.

3. Por dónde nos lleva el Espíritu Santo

En el caso de nuestra diócesis, pareciera ser que estos tres binomios (acogida y cercanía, participación y compromiso, e inclusión y ser “Iglesia en salida”) son las tres mociones que, aunque complejas en su definición y concreción, configurarían los pilares de nuestra renovación como pueblo de Dios.

Esto se podría afirmar por tres motivos: el primero de ellos, es porque cuando en los cuestionarios se afirma cualquiera de estas mociones (tres binomios), habitualmente no se observa que sean dichas desde la rabia o el dolor, sino que lo constatado al realizar la actividad con cada comunidad, éstas las mencionan con paz y consuelo, sin una desesperanza que haga pensar que es el “otro” el culpable de nuestro momento de crisis. Por el contrario, es un sentir más o menos unánime que somos nosotros mismos los llamados a caminar juntos en este tiempo, no responsabilizando a nadie en particular, sino asumiendo este impulso del Espíritu como algo que, de perdurar en el tiempo, nos haría caminar con mayor coherencia evangélica.



El segundo motivo es semejante: pareciera ser casi unánime que el centro de nuestra renovación eclesial no puede ser otro que el mismo Jesucristo. Muchas de las reflexiones expresadas por escrito y oralmente dan claves explícitas de este camino a seguir: “volver a las raíces”, “dejar que el Espíritu Santo actúe”, “fiel a Cristo, aunque sea pequeña”, ser una Iglesia “acogedora, fraterna y abierta a todos”, “caminar juntos con transparencia, con honestidad... que rinda cuentas, autocrítica... que prime el deseo de servir”. Una hermana de una comunidad lo expresó con lucidez: “sólo el testimonio de mi vida puede cambiar la mirada de la Iglesia”.

El tercer motivo es que, a partir del examen de los medios y fines de cada una de las propuestas y sueños de los participantes de este proceso de consulta, se observa una coherencia evidente entre lo soñado y el examen crítico que realizan, o dicho, en otros términos, no hay caprichos personales o grupales comprometidos sino propuestas que nacen de un pueblo maduro, que conoce aquello que no es de Dios y aquello que sí lo es. Y sí, el *sensus fidelium* pareciera ser fuerte en Arica.

Así, tal como se comentó antes en este informe, la acogida y cercanía se experimenta como un regalo que debemos darnos, pero también una exigencia cada vez mayor para quienes tienen tareas y responsabilidades dentro de la jerarquía. Se trata de estar presente y acompañar al pueblo de Dios; no decirle qué hacer, sino acompañarle cariñosamente. Quizás por eso también sea esta virtud (acogida cariñosa) la que más se valora en un sacerdote o consagrado, y la que más se reprocha cuando no se tiene, a la hora de hacer un juicio sobre nuestros propios ambientes eclesiales.

También la acogida y cercanía habría que entenderlas como un estar abiertos a la escucha del otro, más aún, la acogida no sería meramente pasiva sino activa, toda vez que en las respuestas está siempre asociada con el hacerse próximo (prójimo) al otro: “estar atento a sus necesidades”, “visitar sus casas”, “ir a ellas” (a las personas), “conocer a las personas y su realidad”.

A lo anterior hay que añadir un aspecto que pareciera ser central en las consultas: la humildad. Habitualmente asociada negativamente con la discriminación o el “sentirse superiores”, el deseo de humildad se dice respecto tanto de los sacerdotes y consagrados como de las personas laicas de las comunidades, pero principalmente de los primeros. Por ello, no extrañaría que expresiones como “ser como curas de pueblo”, “curas de calle” o “tener olor a oveja” aparezcan literalmente y sean dichas oralmente con cariño y convicción, porque también se reconoce que hay en nuestra diócesis y en su historia numerosos testimonios de ello. Es decir, se desearía lo que se ha conocido y ha marcado nuestra vida eclesial: “sacerdotes dedicados, serviciales, acompañando a los fieles” “no sólo haciendo misas”, “sencillos y humildes”.

Es decir, de lo que los participantes aportaron, hubo una voz muy fuerte, la cual se manifiesta en un deseo de mayor cercanía y unidad, tanto en las comunidades con su pastor como en el mismo presbiterio. Los participantes la



explicitan con las siguientes frases: “Que los sacerdotes estén con la gente” y “no veo a nuestro sacerdote, comunicarse con sus feligreses”. En cuanto a lo que mencionan en relación a la unidad en el presbiterio lo grafican como: “Dios permita ver a esta diócesis a sus sacerdotes fieles, y en un mismo sentir con su obispo”.

En cuanto a la participación y compromiso, esta moción viene acompañada por un modo de estar en comunidad. Si bien se refiere a que se constata una baja participación respecto de años pasados, fundamentalmente más se referiría a una cuestión cualitativa de “los que ya están” y a su modo de responder a los sueños de las comunidades, es decir, no se trataría tanto de la cantidad de personas que van a misa, sino a la calidad de su presencia en todas las actividades parroquiales y a las condiciones que hacen que -por ejemplo- los jóvenes no encuentren atractivo el vincularse con las comunidades parroquiales o, cuando lo hacen, que expresen que sienten resistencias en las comunidades.

Finalmente, las respuestas apuntan a que el compromiso se vería mejor reflejado nuevamente no en la cantidad sino en la calidad del tiempo destinado, y fundamentalmente en la actitud de servicio que se exprese. Respecto a este punto pareciera haber unanimidad: la actitud de servicio (humilde, gratuito y sin pompa ni anuncios) se valora como aquella cualidad que más expresaría públicamente nuestra coherencia con el Evangelio.

En cuanto a qué sueños, deseos y aspiraciones generales se tiene sobre nuestra Iglesia, los participantes manifiestan que sueñan con una Iglesia “unida, caminando en un mismo sentir, solidaria y preocupados los unos de los otros”, “transparente donde todos puedan participar y donde se acepte a todos sin importar su condición”. En este mismo espíritu se manifiesta que, se sueña con una Iglesia “participativa y abierta a todas las personas, como Jesús enseñó, y debemos practicarlo y no excluir”, “una Iglesia en salida, llevando la buena nueva al desvalido, al triste, al enfermo, a los niños, a los hogares, a las empresas, al corazón de quienes nos gobiernan, es decir una iglesia profética, peregrina, misericordiosa, llena del amor de Dios”, o dicho en otras palabras: una Iglesia “que salga a la calle al encuentro de los más necesitados, que demuestre la alegría del Evangelio”.

Los participantes al ser consultados sobre las áreas en las que la Iglesia necesita sanación y conversión, estos se expresaron respecto a relaciones y actitudes que son dañinas dentro del apostolado que realizan y que necesitan ser curadas: 1) El abuso en todas sus formas, que se ha dado y mantenido por mucho tiempo en comunidades parroquiales en donde se crean o se dan relaciones y/o actitudes poco sanas y evangélicas. 2) La falta de compromiso de los laicos, es otra actitud que perciben las personas que participaron de este tiempo de escucha, ellos le dan diversas causas, entre ellas: a) falta de incentivo en la fe por parte de la familia, b) miedo al compromiso, ya sea por desidia o falta de acompañamiento por parte del sacerdote. 3) Poca empatía que va en directa relación con la poca acogida, aquí los participantes observan que esto se da por miedo al rechazo o simplemente por indiferencia. En cuanto a otras áreas, se pueden mencionar en relación a las estructuras el consejo pastoral, ya que son pocas las comunidades



que tienen y funciona, en cuanto a prácticas podemos mencionar una que se da muy recurrente en el laicado que es ver los cargos pastorales como un privilegio y no como un servicio, creyendo que ese encargo pastoral les da poder sobre los demás hermanos en la fe.

4. El camino de la sinodalidad para la renovación eclesial

Para efectos de una mejor claridad de las propuestas temáticas, útil nos resultó el agruparlas, tal como lo hicimos en el informe, en torno a los binomios resultantes del Proceso de Escucha. En cuanto a quiénes deberían verse interpelado, la respuesta es unánime: todos.

Cercanía y Acogida

Es con mucho lo que más eco tiene en las respuestas, especialmente la cercanía como condición obvia del poder acoger. Especialmente se dice del clero. Se echa de menos su presencia y proximidad, no para que digan qué hacer, sino porque no se puede caminar como Iglesia si no está la jerarquía, y lo mismo a la inversa: el clero no puede caminar si no está cerca de los fieles laicos. En concreto, la cercanía se explicita como una exigencia tanto de los sacerdotes con nuestro obispo y entre sí, de éstos con los fieles y de los laicos entre sí. La crítica es clara: necesitamos “más acercamiento de los sacerdotes a las familias de su parroquia o capilla, y lo mismo para los diáconos, porque están más preocupados del altar que de las comunidades”.

Si bien hay problemas que difícilmente podrán resolverse a corto plazo y que hay que aprender a vivir en paz con ellos, también es cierto que, escucharnos y dialogar es algo que debemos practicar para poder discernir juntos la voluntad de Dios y así, caminar en búsqueda de soluciones a nuestros problemas. Es uno de los temas que más se repite por lo demás: escuchémonos, tengamos momentos de diálogo y no le tengamos miedo a los desacuerdos o al opinar distinto.

Deberíamos hacernos cargo como diócesis de mejorar las actitudes de convivencia humana que deberían caracterizarnos, especialmente con quienes están prácticamente ausentes de nuestras escuchas, diálogos y acogida: los pobres, los jóvenes, las minorías de todo tipo.

Participación y Compromiso

El tema de la participación sonó fuerte como anhelo. Se critica el autoritarismo y el protagonismo poco sano de laicos y consagrados, quienes, al asumir responsabilidades, no saben lidiar con el desacuerdo y ven en cualquier crítica una amenaza a la "cuota de poder que han adquirido". “Desde que lo ordenaron ya no fue el mismo” o “Se cree el dueño de la parroquia” son expresiones que dan cuenta de este fenómeno o temática.

Aunque no fue enunciado como tal, el tema del poder está transversalmente perfilado, así como lo mal que lo estamos viviendo. De hecho, en



algunos diagnósticos más explícitos se establece como una de las causas de la crisis actual de nuestra Iglesia, pues se asocia abuso sexual, abuso de conciencia o abuso de poder con precisamente la incapacidad de entenderlo como un servicio, un don que ponemos al servicio de la comunidad eclesial. Efectivamente, uno los consensos escritos en la Asamblea Diocesana “no pasa por un cambio de liderazgo, sino de sinodalidad, o dicho por un consagrado: “resolver el problema de la comunión en nuestro contexto eclesial actual no pasa por el obispo... porque no es un tema de liderazgo, sino de cómo fortalecemos la fraternidad y el acompañarnos unos a otros” y de cómo superamos los prejuicios y miedos.

La desunión del clero (observada tanto por los consagrados como por laicos), la falta de comunicación y de información, ambientes poco acogedores en nuestras parroquias, la poca humildad de algunos consagrados y laicos, y la falta de transparencia en el manejo económico de parroquias, todos ellos serían las muestras evidentes de ese poder que no se pone al servicio de los demás sino como un privilegio.

También, respecto de la crisis actual de nuestra Iglesia, se reconoce que siempre estamos llamados a la conversión al cambio de nuestras “estructuras personales”, pero también al cambio de las estructuras presentes en nuestra Iglesia como institución. Estas son difíciles de ver por parte de los consagrados, por lo que los que mejor podrían responder a esta pregunta serían los laicos en las parroquias.

Un análisis de nuestra participación eclesial es significativo respecto de un camino futuro a discernir: “Antes de la pandemia no teníamos pastoral de conjunto. Cada uno estaba en lo suyo. Los decanatos estaban desarticulados. Hoy, pese a que aún hay islas personales, parroquiales y diocesanas, se ha avanzado en unir decanatos y pastorales ambientales”.

Inclusión e Iglesia en salida

La Iglesia en salida no es un escape, sino un camino que se ve enunciado recurrentemente por quienes reaccionaron al Informe. Nuestra vocación es construir el Reino, por eso los llamados a la misión, a anunciar con alegría el Evangelio, son diversos y claros, lo mismo que a ser testimonio con nuestra vida de la Buena Noticia.

Si bien hay una opinión favorable respecto de nuestros esfuerzos por acoger y el trabajo que se realiza con los más necesitados de nuestra sociedad, se reconoce también que falta de conciencia y formación más profunda respecto de nuestras realidades sociales. Es en esa dirección que se hace la petición de una mejor formación pastoral de los sacerdotes, diáconos y laicos.

Se observa de igual forma una dificultad a la hora de salir al encuentro de aquellos que no están cercanos a nuestras comunidades: los jóvenes, minorías, pobres y todas las periferias. En este sentido, el clamor de ser una Iglesia misionera sería una solución evidente, toda vez que nos haría a nosotros



acercarnos a esas periferias.

En cuanto a qué procedimientos o prácticas pastorales deberían verse cuestionadas, se deja ver una contradicción. Criticamos el clericalismo y esperamos protagonismo de los laicos, pero en la práctica recurrimos para cosas irrelevantes al párroco a la hora de tomar decisiones. Son pocos los párrocos que han logrado dejar que decisiones importantes las tomen los consejos parroquiales.

La labor de los diáconos corre el mismo peligro: ser una isla en medio de las comunidades. Habitualmente más vinculados con el servicio del altar y a asuntos litúrgicos, son pocas las comunidades que ven en ellos un agente pastoral y ministro al servicio de las necesidades de los más vulnerables. Son vistos, por el contrario, más como "casi-curas" que como servidores de las comunidades en cuestiones cotidianas.

Una práctica pastoral que está avanzando es la de dar cuenta acerca de los bienes y dineros existentes en las comunidades. Existen aún, sin embargo, espacios eclesiales y parroquiales en donde no existe transparencia en estos asuntos y que -evidentemente- impactan negativamente en nuestras comunidades. El consejo económico de cada parroquia debería asumir esa función y dar cuenta regularmente de todos los ingresos y gastos de la comunidad parroquial.

De un modo semejante, particularmente en donde el sacerdote es omnipotente, habitualmente los procesos parroquiales no se sostienen en el tiempo porque van de la mano de lo que el sacerdote piensa cuando llega, y se concretan habitualmente en cambios que son según gustos personales más que producto de un discernimiento. Esto debería cambiar, es la comunidad la que está llamada a discernir en su conjunto.

Al hablar de que estructuras deberíamos transformar para consolidar una práctica relacional más evangélica, los consejos parroquiales son lo más mencionado como estructura, por ser el lugar idóneo para discernir comunitariamente la vida de la parroquia, pero también por la carencia de esta práctica. De ellos se pide no sólo que existan (en muchas parroquias no existen), sino también que sean instancias verdaderas de escucha de la realidad de la comunidad y de discernimiento de la voluntad de Dios, para ello, se requiere formación.

En este sentido, la carencia de una formación humana y religiosa ha favorecido el clericalismo tanto de parte de los ministros consagrados como de los laicos, que confunden -ambos- discernir con negociar cuotas de poder, O peor aún, según se deja ver en todo el proceso de escucha, a nuestras comunidades les cuesta salir de la lógica de la conveniencia personal para entrar en la dinámica del compartir evangélico. Grave es también que, en algunos casos, en ausencia de un discernimiento comunitario y bajo ropaje de prudentes y religiosas, las decisiones son presentadas y asumidas como voluntad de Dios sólo porque las toma quien tiene el poder para hacerlo.



Sobre la formación para todo el Pueblo de Dios también hay cuestionamientos. Si bien no es una estructura como tal, sí tiene un impacto en el futuro, por ello, se pide con insistencia que esté presente de modo regular y asista a las parroquias en sus requerimientos. Las temáticas son variadas, pero se recalca que es un espacio que debiéramos usar de un modo permanente.

Se menciona también a la catequesis familiar como una estructura que habría que considerar, de ella se dice que debería ser más flexible respecto de los tiempos de preparación y revisar regularmente la pertinencia de los temas a tratar en las reuniones con los papás y niños. Si bien hay evidentes esfuerzos por hacer más pertinente el trabajo catequético según los requerimientos de cada comunidad, hay consenso en que los temas de la durabilidad y contenidos formativos deben estar metodológicamente siempre bajo lupa para asegurar su adecuación a cada contexto.

Como Iglesia diocesana nos sentimos invitados e impulsados a siguiendo pasos para ser una Iglesia más sinodal: para vivir relaciones más evangélicas y tener estructuras más sinodales. Y uno de los primeros pasos que se nos invita a dar es crecer en corresponsabilidad, de manera que laicos y pastores seamos todos corresponsables del anuncio del Evangelio y del peregrinaje de nuestra Iglesia diocesana. Del mismo modo, otro paso que nos sentimos invitados a dar es potenciar los órganos de consulta y guía pastoral, de manera que las comunidades parroquiales puedan ser entes más sinodales en acción y decisión.

Finalmente, sentimos que Dios le habla fuerte a nuestra Iglesia diocesana y le anima a que crezca en cercanía y acogida, en participación y compromiso, y en incluir a quienes están en nuestras periferias y, saliendo de nosotros mismos, de hacernos prójimo: de los pobres, los jóvenes, los más vulnerables de nuestra sociedad y las minorías de todo tipo, de igual modo, sentimos que a través de este tiempo de escucha, Dios le está pidiendo a nuestra Iglesia diocesana un tiempo de reconciliación de todo el Pueblo de Dios (laicos y pastores), que se expresa en ser misericordioso con el hermano, pero al mismo tiempo con mi propia persona, de manera que podamos sanar heridas y unirnos como una sola comunidad que peregrina a la Patria Celestial.

Por una Iglesia sinodal
comunión | participación | misión